

N A

empre-
n Sir-
s del
ora y
ultá-
cán-
e, la
apo,
me-
enta
da,
ero
nte
le :
en-
a-
oil
to
sa
a
-
s
o



Elvira Reina

Elvira Reyna

Yo conocí a Elvira Reyna en el hall de un hotel internacional. No sé si fué en Ginebra, si fué en Budapest o si fué en Tánger. Lo que sí sé es que oía a mi alrededor muchas lenguas extranjeras y que parecía todo el mundo vivir de tránsito como en un trasatlántico. Había muchas reverencias, muchos saludos, muchas preguntas y pocas amistades. Elvira Reyna pasaba como una mujer fatal; como una mujer que encanta y que lamenta uno no volver a ver... Recuerdo que los ojos de Elvira Reyna produjeron en mí una enorme impresión. Tiene unos ojos de color de espada nueva que asustan. Si no se hubiera repetido tanto podría decirse que eran dos gotas de ajeno. En realidad eran eso: dos gotas de ajeno: tenían el aliciente de la prohibición y el encanto de lo que atrae vorazmente. Vestía suavemente, ligeramente y cubría su cabeza un ancho sombrero blanco con el ala delantera baja. La sombra en que dejaba la frente, los ojos y casi media cara le daba un tono de misterio y de visión. Elvira Reyna andaba sobre seguro por la enorme alfombra de seis dedos de grueso y no tenía ninguna inquietud de estar entre gentes pertenecientes a otras naciones. Se la veía

habituada a estar entre civilizaciones diferentes y a viajar sola. Porque Elvira Reyna viajaba sola; completamente sola. No tenía amigos, ni camaradas. Prefería la charla amable y bulliciosa de una muchacha al encadenamiento de un «flirt» sin importancia que en todas partes es igual; ya en la terraza de Casino de Montecarlo; como en Picadilly; como en un cabaret familiar de Berlín... Y, sobre todo, Elvira Reyna tenía la pulcritud de llevar un libro en la mano y la gracia de acompañarse por los paseos con un bastoncito con el que azotaba las pequeñas piedras que veía en su campo.

De la actual generación, Elvira Reyna es una escritora completamente inédita. Esta es su primer novela. Aparte de unos artículos publicados en «La Noche», su primer intento literario es este de hoy. Y acaso su arte sea tan sutil, sea tan tierno e inquieto, que después de esto Elvira Reyna tenga el placer de esconderse para que los que lean y la admiren sientan la nerviosidad de no poder saber lo que piensa y hace... Este es el caso de Elvira Reyna: es una mujer que despierta en cuanto se la conoce una inquietud; que esta inquietud a medida que se le estrecha su mano y se charla banalmente en un entreacto cualquiera, se agranda y que un día al dejar de concurrir ella a los lugares en que se sabe que puede encontrársela, llega a hacer doler el corazón...

Si Elvira Reyna tuviese más edad de la que hoy tiene; si en vez de ser una chiquilla fuese una matrona ya, podría dar a la literatura española un género nuevo que apenas se ha cultivado en España: las cartas de mujeres hechas por mujeres. Pero, afortunadamente para ella, Elvira Reyna es una chiquilla; una chiquilla deliciosa y suave con unos labios

como cerezas y unos ojos como dos imanes. Sabe del mundo más que cualquiera otra a su edad, por lo que ha corrido del mundo, y porque tiene una sed de cultura inacabable y abandona las pueriles novelas de los escritorzuelos que nos llegan de Madrid, para adentrarse en los libros de viajes y en los de profundos temas. Habla tres o cuatro idiomas; siente una gran curiosidad por las cosas nuevas y extrañas y tan pronto brinca sobre la playa como monta en un aeroplano para batir un record. Sabe mantener una posición de mujer triste tras la mesa en que hay unas botellas de champagne y cuando la rodean dos camaradas que bailan y llevan en los labios más que una frase galante, la grosería fisiológica; y, en cambio, tiene un cierto sentido de la ingenuidad cuando entra en un bazar o luce un último modelo en el té de moda o en la Castellana o en el «bois de Boulogne» o en la «premiere» de la Scala de Milán.

Tiene la literatura de Elvira Reyna una nerviosidad periodística. En otro ambiente en donde los hombres no pensarán nada más en que son hombres, Elvira Reyna sería un reporter admirable. Tiene grandes condiciones y grandes cualidades: observa, cultiva la ironía, tiene un cierto despego por los tradicionalismos morales y escribe con facilidad asombrosa. Maneja la máquina de escribir lo mismo que el «Kodak»; no teme el viaje ni en la noche ni en el mar; no dice que no a ninguna empresa arriesgada que se la ofrezca y sabe imponer su autoridad como un domador o un jefe de clan... En un diario podría hacer cualquiera de las firmas: sabe «ver» teatro como pocos críticos; sabe escribir una crónica de actualidad e impresionar al público con la relación de un suceso apasionante...

Esta es Elvira Reyna, la escritora que hoy se presenta en LA NOVELA FEMENINA, pocas mujeres hay que tengan como ella una gracia y un encanto literario; pudiendo hablar de literatura, de música, de pintura, de viajes, sabe ser discreta y callar las pedanterías de las otras. No dice cuando habla:—«Como decía Hegel» o:—«Ya dijo Freud»... Lo sabe, le basta con saber que lo sabe y no lo cuenta. «El buen paño en el arca se vende», la belleza de una mujer no conviene pregonarla, con verla basta» y la cultura no hay que irla mostrando como un pobre muestra sus miserias y sus males para hacerse compadecer. Por ser inteligente, bonita y culta como es, Elvira Reyna ha sabido granjearse entre todos una simpatía intensa... Cuando un poco más reposada, Elvira Reyna se atreva a una grande obra, lo hará con la modestia y la paciencia de un benedictino; con la gracia y el encanto de una colegiala y con la experiencia de una mujer que ha visto mundo, que se ha cruzado en su vida con la anécdota de muchos hombres y que ha estudiado a fondo el corazón y los sentimientos de las mujeres.

MARÍA DE OLARIAGA

PASO AL AMOR DIVINO

I

—¡ Sultán !... ¡ Sultán !...

En el silencio del campo resonaba la voz con una intensidad particular. El eco irónico parecía responder a la llamada, pero el fiel e inseparable perro estaba sordo. Como no acudiera a las reiteradas llamadas de la joven, internóse ésta (más que de costumbre) a través del follaje de los castaños. El sol se deslizaba esparciéndose sobre el hermoso suelo en largas ondas luminosas. A medida que adelantaba camino, el sendero se alargaba, los árboles se esparcían y la hierba que hoyaban aquellos lindos piecitos se hacía más blanda.

La que con tanta insistencia llamaba al perro, era una morena de ojos negros y profundos, de mirada húmeda. Alta, delgada, sin ser flaca, esbelta y airosa como un álamo, estaba toda ella ungida de reposada armonía y de graciosa seriedad.

Su nombre era Isabel, tenía veinte años ardientes, que la florecían en unos encantadores labios sensuales y golosos, en los pechos altos y temblorosos y en el brillo de unos ojos extraños, como dos ascuas vivas. No representaba los veinte abriles que tenía, que

eran mucho más viejos sus pensativos ojos, y más joven su boca fresca y su piel tersa.

Hija de un militar casado con una inglesa, había perdido a su padre cuando solamente contaba nueve años. Habíase educado en un internado, donde deslizó la monotonía de su vida durante diez años, al cabo de los cuales había regresado al hogar materno, donde su madre, delicadísima, administraba el escaso patrimonio que la viudedad hablala dejado.

Su pobre madre hacía el presupuesto y no pasaba ni cinco céntimos de lo que se había de gastar al día, aun imponiendo grandes privaciones a su adorada hija, por la cual sentía verdadera debilidad, y viéndose obligada a negarla los caprichos más pequeños.

Unida a la pensión, les había quedado una casita pequeñita, clara y alegre, con un huerto frondoso, cerca del noble Guadalquivir. La finca era chiquita, pero la luz del cielo sevillano incomparable a ninguno otro, entraba a raudales por sus rejas floridas, y el huertecito estaba lleno de nidos y de flores.

II

Salió muy de mañana en su paseo cotidiano y las locas carreras de Sultán alejaronla más que otras veces; llegó a un lugar donde el río corría allí más apacible, entre dos orillas de césped.

Un poco más arriba, era un pequeño torrente que se derramaba unos cien metros en descenso, pero aquí se daba el placer de correr tranquilo, reflejando en sus claras aguas, los hermosos castaños que adornaban sus márgenes. Con blando movimiento se echó en el suelo, tendida a lo largo, con los codos en la hierba y las manos en la barbilla. Era su postura predilecta.

Estaba pensando la manera de emprender algún trabajo para aliviar y ayudar al sostenimiento de su modesta casa, cuando se apoderó de ella una sensación de terror tan violento, que por un segundo se quedó paralizada. Dos manos brutales la asieron de los brazos por detrás. Quiso incorporarse y gritar llamando de nuevo a su fiel perro, pero fué derribada al suelo, y el hombre que la había atacado tan de improviso la mantuvo inmóvil, con los dedos ceñidos al cuello de ella, diciéndole:

—No hagamos tonterías, señorita, o vamos a tener que entendérnosla con este cacharro...

En su mano libre relucía la hoja de un puñal. Isabel pudo observar en la fisonomía del bandido, que no amenazaba vanamente. La faz demacrada del

agresor, sus ojuelos amarillos, en que la ferocidad del hambre encendía una llama sombría, la miseria de sus harapos, denunciaban al hombre que venía dispuesto a lograr su propósito. Sin embargo tuvo ánim. mos todavía para gritar :

—¡ Socorro !... ¡ Socorro !...

El rufián la dijo :

—No grites, condenada, no te haré ningún daño, lo que quiero es dinero... para comer... Dame todo lo que tengas, vas bien vestida, debes tener la bolsa bien repleta.

Arrancó de la muñeca de Isabel una pulserita de barbada en que había un reloj, y siguió diciendo :

—Suda la mosca, chavala, o te estrello.

De pronto el ladrón vió que por el camino, aparecía un joven a galope de un caballo, y arrojando a la pobre joven a un lado, la abandonó para huir con toda la fuerza de sus piernas a través de la espesura...

El joven hizo ademán de precipitarse detrás de él, más miró hacia la joven y, viendo que no se movía, abandonó la captura del criminal, y se dirigió a auxiliarla.

Isabel, jadeante, con los ojos muy abiertos y descompuesto su bello rostro, expresaba una emoción profundísima.

—¿ Está usted herida, señorita?—preguntó el salvador inclinándose sobre la libertada.

—No—contestó Isabel, moviendo la cabeza, y conforme la volvían los colores con algo de fuerza, prosiguió con acento más perceptible.—No tengo más que el sobrecogimiento... Ya se me va pasando.

Según hablaba, la muchacha observaba a su salvador. Era éste un joven de unos veinticinco años, muy

apuesto. Ojos negros de una dulzura tranquila y espiritual, labios fácilmente sonrientes y de un bonito dibujo bajo un bigote oscuro, todavía ligero, hacían de él un apuesto galán. Se llamaba Alberto Ugalde y era ingeniero.

—Ahora me permitirá usted, señorita, que la acompañe a su casa, para evitar pueda volver a tener otro encuentro desagradable.

Sonrió Isabel, agradeciendo la intención :

—Mil gracias caballero, pero si mi madre me viera llegar acompañada de usted se asustaría, y ya gracias a Dios me encuentro completamente restablecida... Adiós caballero.

Se le vino a los labios una nueva expresión de gratitud, después de estas secas palabras, tan poco reveladoras de la gran emoción que experimentaba ya ; pero no articuló palabra, e inclinó la cabeza en señal de despedida, con un movimiento en que había más rigidez que gracia.

librería Qub. edu

III

Alberto Ugalde, hijo único y huérfano, había disipado la cuantiosa fortuna que sus padres le habían dejado, en un par de años, y al final de ellos se había visto, joven, poseído de todos los vicios y sin una peseta.

Tenía la carrera de ingeniero, y decidió formalmente rehacer su vida y buscar una muchacha bonita y rica que le resolviera la situación financiera y le pusiera en el tren de lujo acostumbrado, pues ahora era muy difícil pasar con la menguada pensión que unos tíos suyos le pasaban.

Decidido a trabajar se encontraba y a caballo se dirigía a la estación, para tomar el tren para Sevilla, cuando el destino hizo que salvara de las garras de aquel malhechor a Isabelita...

Gustóle grandemente la muchacha, e impulsivo Alberto, buscó el medio de justificar en aquel pueblo su estancia y sin que sus tíos lo sospecharan hacer el amor a Isabel... Escribió a sus parientes diciéndoles había encontrado allí en la Carolina, un antiguo amigo de su padre, que siendo dueño de la fábrica de luz eléctrica, le brindaba una plaza de gerente para que fuera entrenándose en su difícil cometido. Mas lo cierto y seguro era que la linda carita de Isabel tenía todo su corazón... ¿por cuánto tiempo?... ¿Todo su corazón?... No, todo su capricho, que en una naturaleza como la suya, imaginativa y sensual, acos-

tumbrada a tomar los deseos por sentimientos, éste le pareció (por las circunstancias novelescas del conocimiento) la única vez, verdad, que se había enamorado...

Isabel, por su parte, contó a su mamá el incidente, ponderando grandemente el valor de su salvador y pintándole con tan vivos colores el retrato del joven, que su madre la dijo:

—Ten cuidado, querida e inocente hija mía, no sea que te libraras del ladrón, para caer en las redes de algún caprichoso o malvado que quiera jugar con tu corazón; muy impresionada te veo y esto me preocupa.

Pasaron varios días encontrándose los dos enamorados, como por acuerdo, en el solitario y lindo paseo cercano al río, y los castaños y las orillas del césped fueron mudos testigos de las primeras promesas y balbuceos de aquella pasión, en la cual Isabel ponía toda su alma y corazón y Alberto todo su capricho y deseo.

No tardó en enterarse Alberto, que Isabelita no tenía más patrimonio que su linda casita y su singular belleza y arrogancia, pero interesado como se encontraba siguió adelante con la esperanza de que algún incidente fortuito viniera a arreglar las cosas a medida de sus deseos...

Y así iban los dos jóvenes, llevados por sus rápidos sentimientos, el uno hacia el otro. A los ojos de los habituales al paseo del río, eran una bonita pareja, creados el uno para el otro al parecer; solamente la madre de Isabel veía en aquel idilio un pasatiempo para el joven Alberto, pues bastóle hablar un par de veces con el novio de su hija para comprender que nunca llegarían a casarse, aunque su hija reuniera

todo cuanto apetecía el galán; pero faltaba capital, y Alberto sin esto era hombre al agua.

Al principio bastaba con encontrarse por las mañanas en el paseo cotidiano, pero cada día que pasaba, el muchacho apremiaba más y más a Isabelita, pues quería hablar a solas enteramente con ella, sin los testigos que siempre tenían en los paseantes madrugadores como ellos.

Resistió cuanto le fué posible, pero comprendiendo que era preciso llegar a un acuerdo y sobre todo que era necesario de todo punto plantear la situación, aceptó la primera cita.

IV

Mucho antes de la hora señalada para la cita, Alberto se encontraba en el sitio convenido. No era la noche oscura, sino que sobre el cielo limpio de nubes y alfombrado de estrellas, brillaba la luna en todo su apogeo, como queriendo ser testigo de la entrevista de los enamorados. El paseo estaba solitario, y no había miedo de ser interrumpidos, pues los habitantes del pueblecito, recogíanse temprano, y forasteros a aquellas horas no era corriente verlos.

—¡Nenita! ¡Si supieras cómo te quiero!—susurró Alberto al oído de su novia.

Esta, vibrante de pasión, se dejó mecer por las dulces palabras del joven.

Siguieron caminando lentamente. Aquel silencio les enervaba, les hacía más tiernos, unía más sus almas jóvenes y apasionadas.

De pronto, en la soledad de la noche se oyeron vibrar las once campanadas del reloj de la torre de la iglesia y la voz susurrante de la amada, que decía:

—Alberto, querido mío, tengo miedo.

Estrechóla entre sus brazos un instante, sin palabras, abrasados mutuamente en la llama de amor que los iluminaba. Cogió Alberto la cabeza de Isabel entre sus brazos y buscó afanoso los labios amantes. Bebió el beso dulcísimo, que en aquella paz serena era

como un canto de vida que en la noche dejara oír su armonía.

En el infinito, una estrella fugaz describió una ancha parábola, como si, llamada en una atracción irresistible por la tierra, se lanzara a ella estremecida.

V

Pasaron unos días. Isabel, entregada por completo a su pasión, vivía en un éxtasis ininterrumpido.

Volvieron a verse. Otras muchas noches quietas y apacibles fueron mudo testigo de sus apasionados diálogos de amor.

Pronto sin embargo creyó adivinar Isabel en Alberto cierto despego, cierta inquietud que en vano trataba de esconder.

Isabel tuvo un extraño presentimiento.

El dardo ponzoñoso de la primera duda se clavó en su tierno corazón.

Por fin una noche se decidió a hablar claramente a su novio.

Durante un buen rato caminaron silenciosos, abrazados estrechamente, cuando al llegar al mismo sitio donde se encontraron por primera vez, Isabel habló así:

—Alberto, eres el primero y único hombre con quien he hablado de amor y te pido seas franco conmigo.

—Lo seré todo cuanto pueda.

—¿Serías capaz de serlo, como yo lo soy... hasta la brutalidad de la franqueza?

La tenue sonrisa que acariciaba, como un fulgor movedizo de luz, el obscuro bigote de Ugalde le iluminó todo el semblante y resplandeció en el fondo de

sus ojos negros, a los que la juventud prestaba una expresión alegre, mimosa, tierna...

—Si eso ha de complacerte, querida niña, si... tal vez...

—Sí, me complacería... Escucha: hace diez días ignorabas por completo mi existencia. Me salvaste cuando tú te dirigías a la estación para ir a Sevilla, es decir que pasabas por este pueblecito sin tener absolutamente nada que te retuviera, me encontraste y ya llevas aquí varios días y me has repetido infinidad de veces que me quieres. Ahora dime, ¿cuándo piensas casarte conmigo?

La pregunta estaba hecha serenamente, sin la menor intención retadora y sin el más mínimo asomo de amargura.

A pesar de que Alberto no carecía de aplomo, se encontró de momento ligeramente desconcertado, y después de mirarla, no tanto por verla como para comprenderla, pensó que la muchacha reunía, a las finas perfecciones de un delicioso Bibelot la frescura sana y primaveral de las lilas, cuyo perfume delicado y enervador emanaba de toda su persona, que indudablemente no sería aquella niña más difícil de comprender que la generalidad de las mujeres, y que le resultaba sumamente agradable contemplarla, y hasta llegó a pensar que si antes de derrochar su cuantioso caudal la hubiera conocido, no hubiera titubeado un solo instante en hacerla su esposa, pero pobre como era... Este razonamiento le devolvió todo su aplomo.

—Efectivamente, muñequita, que hace diez días, que no pensaba remotamente en encontrarme habiéndome en este pueblo, pero vi a una joven deliciosa... desconocida para mí, es cierto... y no he nece-

sitado más tiempo, te lo juro, para comprender que yo no podría olvidar jamás a la linda palomita que estuvo a punto de ser devorada por el gavilán.

—Alberto—continuó Isabel, con un tono más categórico,—no es un madrigal ni frases lindas lo que te pido; quiero que me contestes leal y caballerosamente, si piensas casarte conmigo, o por el contrario, en mí viste solamente el entretenimiento o la aventura fácil.

En todo sentimiento amoroso hay una fuerza singular. La mujer que ama a un hombre con un amor sincero, rara vez deja indiferente a este hombre, y viceversa. Lo mismo si el ser amado se revuelve contra la posesión de él por este amor, que si cede, tal posesión existe. Rechazarla supone reconocerla. De ahí derivan, ante la evidencia de un gran amor inspirado, esas aversiones violentas, que implican cierta defensa de una personalidad asustada de sentirse invadir por otra. En dos corazones, el que más ama es el que se subordina al otro, y desea, en efecto, subordinarse. Es decir, que en una pasión compartida, la voz cantante corresponde al más prendado.

Pero Alberto no sentía por Isabel sino una afeción muy viva, un capricho muy divertido, en tanto que la pobre niña era presa de un sentimiento muy serio. Desde el primer día se había adueñado de ella ese amor único, total, absoluto, cuya fatalidad simbolizaban los antiguos en el mito de una Afrodita despiadada e invencible (amilictos y amiketos). Era ella, la débil, la cándida niña, quien iba a triunfar del joven jaranero, alegre y taimado...

Dispúsose Alberto a contestar a su novia, y para

ello, tomándola entre las suyas sus manos, así la dijo :

—Yo te quiero y desearía hacerte mi esposa, mas no debo ni puedo ocultarte por más tiempo mi verdadera situación. Estoy completamente arruinado y hasta algo entrampado ; hoy día vivo de la benevolencia de unos tíos, los cuales me protegen y mi tía me quiere como a un hijo. Comprenderás que en estas circunstancias no me es posible contraer matrimonio, pues la mujer que se uniera a mí, tendría que pasar mil privaciones ; a más, sin contar con mi protectora y buena tía y sin su beneplácito, no puedo hacer nada absolutamente. Yo quiero hablarla de ti y estoy seguro consentirá en este enlace.

—Bien sabes, o puedes figurártelo, que no me importan las privaciones a tu lado ; al contrario, yo te ayudaré cuanto pueda y seríamos felices—contestó la niña.

—No dudo que pondrías de tu parte cuanto te fuera posible, mas yo no puedo consentirlo. Además, quiero demostrar a mis tíos que sé y puedo ganarme la vida. He recibido una circular relativa a un trabajo interesante que me conviene grandemente... He de embarcar en Marsella y dar la vuelta a varias islas : Córcega, Cerdeña, Sicilia... Total unos seis meses, un poquito de sacrificio, y al final, querida mía, la dicha. Tanto trabajo me cuesta separarme de ti que por esto retardaba el momento de decírtelo, pero tú lo has provocado...

¿Iba a marcharse? Era tan imprevisto el golpe, que ni fuerzas siquiera tuvo para contestar, y cayó desvanecida en los brazos de Alberto.

Comprendió que había sido demasiado brutal y que llevaba demasiado lejos su engaño, y como en

el fondo era bueno, cubrió de caricias sus manos, bañándolas al mismo tiempo de lágrimas.

No era ya el deseo brutal de los primeros días, sino un enterneamiento infinito, una palpitación interior, casi abrumadora por el exceso de emoción. Miraba, contemplaba a Isabel sin poder apartar sus ojos de aquel rostro virginal, cuyo tierno secreto sabía él, y había tomado su rostro, el de Alberto, una expresión tan evidentemente turbada, ponía una llama tal en sus pupilas la fiebre de la pasión que en aquel momento le devoraba, que la joven al volver de su desmayo le dijo :

—No, tú no juegas conmigo ¿verdad? ¡ Eso estaría muy mal !... ¡ Tú no eres malo ! No dudo de ti... Pero es tanto lo que te quiero y sería tal el exceso de mi dicha de poder ser tu compañera inseparable, que tengo miedo...

Una sonrisa de agradecimiento iluminó su boca fresca, sus lindos ojos, y en la jovencita tan reservada, tan tranquila de aspecto, apareció la mujer.

Alberto quiso atraerla hacia sí. Ella se desasíó. La súplica apasionada de sus pupilas le decía : « Soy tuya por completo, único amor mío, pero respétame, respeta a la que llevará tu apellido. »

Luego, inclinándose, puso su frente bajo los labios del joven. ¡ Inocente y cándida, no sabía ni podía imaginarse que aquel beso era el final de aquellos amores !...

VI

Transcurrió mayo, luego junio, luego todo el verano, y jamás a aquel rinconcito andaluz llegaban noticias del ausente. Isabelita seguía haciendo su misma vida monótona y triste, iluminada solamente con la esperanza de la espera...

Pero, ¿dónde estaban las rosas de su tez de flor? ¿Dónde los relámpagos alegres de sus ojos? ¿Dónde las sonrisas de su boca infantil? Su pobre madre leía en el fondo de aquellas pupilas y sufría tanto o más que su hija, al no poder remediar su pena, pero no la preguntaba por el fugitivo para no remover la herida.

Si mucho sufría su corazón al no verse amada, la traición y el engaño la exasperaban en extremo. Todo la recordaba al ingrato; no había ni un árbol de aquel paseo que conducía al río que no tuviera recuerdos de su paso; hasta el agua en su corriente murmuraba su nombre...

Finalizaba el quinto mes de su marcha, cuando una mañana muy temprano llegó una carta para Isabel. Venía de Inglaterra y contenía estas líneas:

«Los negocios me fueron malamente, perdiendo en ellos, además del tiempo y los fondos que mi tía me entregó, un poco de mi salud; he estado muy enfermo, tanto, que mi buena protectora ha venido a recogerme y me cuida y mima como a su propio hijo. Como reconoce que soy un hombre completamen-

te inútil para el trabajo, me aconseja contraiga matrimonio con una muchacha elegida por ella misma. Ella había adivinado la existencia de usted. Cuando la dije la verdad y mi compromiso contraído, me ordenó inmediatamente la ruptura, o por el contrario me abandona a mi propio esfuerzo. Le soy franco, Isabel, la pobreza me asusta, y la he empeñado mi palabra de no verla a usted más. Nada la digo de lo que sufro al dar este paso. Fui culpable, muy culpable al hablarle como lo hice sin estar seguro de que podría mantener mi promesa, pero cuando se lo dije hubiera querido ser otro hombre para ofrecerle a usted cuanto era. No me responda y olvídeme, Isabel, y sobre todo perdone al que jamás la olvidará.»

Al terminar la lectura de la carta, creyó morir. Estuvo en cama dos meses luchando con la muerte, pero su juventud y vigor la salvaron, pudiendo levantarse, un poco más mustia y ajada su hermosura, pero cicatrizada la herida y cerrado definitivamente su corazón para el amor.

VII

Habían pasado dos años, cuando una tarde desapacible de Otoño se notaba extraordinario movimiento en la casa de Isabel. Era que ésta y su madre partían para la capital y estaban ultimando los detalles del viaje.

Desde que salió de su enfermedad cambió por completo la vida de Isabelita. Los primeros días fueron dolorosísimos, pues no podía olvidar la infamia del elegido de su corazón; después empezó a acariciar una esperanza. La fe religiosa la animaba con la ilusión de otra vida llena de delicias como recompensa a los dolores que en ésta sufriera.

Isabel no salía de su casa nada más que para ir a la iglesia, y allí olvidaba sus desengaños, confortada por la oración. Con el sacerdote que la viera nacer confió todas sus penas, y éste la aconsejó que el único sitio donde encontraría consuelo para su revuelto espíritu era en el amor de Dios.

Se dedicó a leer la vida de las santas, y entre todas las órdenes eligió la de San Vicente; se dedicaría al cuidado de los enfermos o de los niños, su sueño dorado. Ya que no había podido ser madre de los suyos, lo sería de los de la humanidad.

Trató su madre de hacerla desistir y de que comprendiera que con su hermosura y prendas personales podía encontrar un hombre que la hiciera todo lo dichosa y feliz que merecía; pero todo inútilmente.

Isabel no cedía, y, ante su tenaz resolución, no tuvo la pobre vieja más remedio que ceder y resignarse a vivir el resto de sus días, que ya auguraba serían pocos, en la soledad que le esperaba.

Decidida ya la orden en que profesaría y próxima la fecha en que tomaría el hábito, aquella linda mañana de Otoño antes de partir para la estación, quiso despedirse de aquellos lugares a los cuales no volvería a ver más.

¿Qué pasó por su alma, al contemplar las orillas del cantarín río? ¿Qué representaban las lágrimas que en sus ojos se agolparon? ¿Enervamiento de nervios o física ternura?

No; es que renovó, contemplando todo aquello, los lejanos recuerdos perdidos.

La tarde moría dulcemente en una agonía de naranja y ópalo, y la muchacha, en el fondo de su conciencia y de su amor olvidado, soñaba... Hacía ya dos años... Debió de ser el Destino o la Fatalidad la que hizo que lo encontrara... ¡Pero están ya tan lejos aquellos tiempos!... Más que nada se culpa a sí misma, pues no supo ver todo lo malo que encerraba el alma de Alberto y le dió todo su amor.

Regresó a su casa, ya que se aproximaba la partida, y al subir al coche que había de conducirla al monstruo de hierro que la alejaría de aquellos lugares, sufrió una fuerte y dolorosa impresión. Se marchaba por su gusto, pero, cada rincón, cada objeto de su casa tenían tantos recuerdos...

Empezó a rodar el coche, Isabel y su madre permanecían en silencio, mucho más elocuente que todo lo que pudieran haberse dicho.

Llegaron a la estación con el tiempo justo para tomar el tren; subieron a su departamento y al so-

nido de una campana y al silbido estridente de la locomotora, ésta empezó a cruzar los campos, dejando envuelto en una nube de humo el lindo pueblecito, escenario de sus alegrías y tristezas...

Llegaron a la capital y la madre quiso que su hija reposara un par de días antes de ir al convento. Negóse Isabel, y aquella misma tarde, al triste sonar de las campanas que llamaban a oración, una linda novicia de tez morena y de ojos negros y profundos, caía de hinojos ante el Sumo Hacedor, brindándole su juventud y su vida, y rogando perdón para el hombre que, acaso inconsciente, la había engañado...

FIN